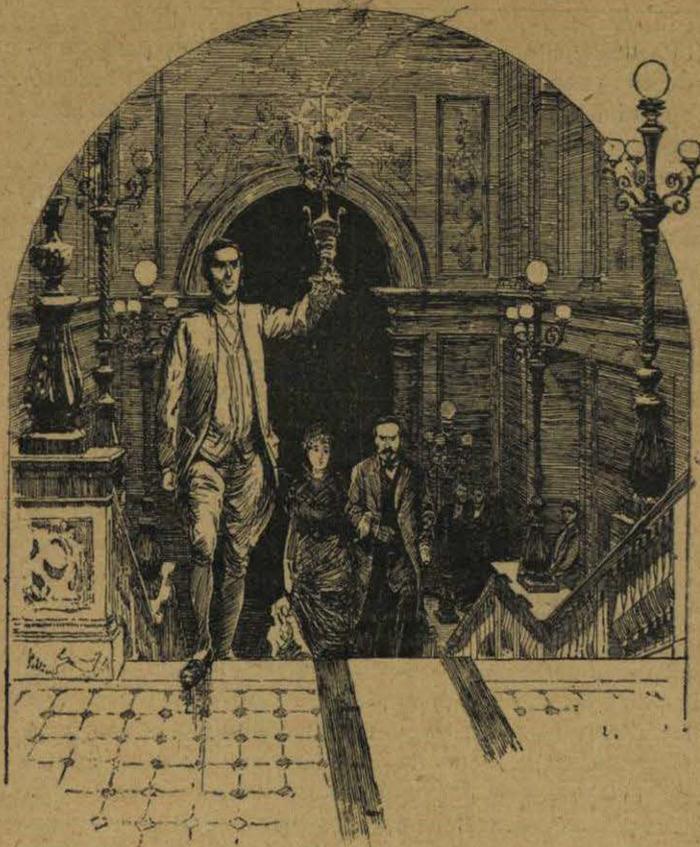


que también os amo yo á vos... Pero no soy libre, no estoy sola en el mundo... y si no, mirad...

Y señalaba á su padre y á sus hermanas que les hacían señas de lejos y apretaban el paso á fin de alcanzarles.

—¡Pues bien! ¿y yo? dijo Pablo con viveza... ¿Acaso no pesan sobre mí idénticos deberes, idénticas cargas? Somos como dos viudos con hijos... ¿Queréis amar á los míos tanto como yo amo á los vuestros?

—¿De veras?... ¿No me engaáis? ¿Dejaréis que siga á su lado?... ¿Seré Alina para vos, y seguiré siendo la Mamita para nuestros hijos? ¡Oh! en tal caso, añadió la adorable muchacha radiante de gozo y de luz, ahí tenéis mi retrato, yo os lo doy... Y con él, y por siempre, mi alma entera...



## XVIII

## LAS PERLAS JENKINS.

Siete ú ocho días después del lance con Moëssard, complicación añadida á las mil y una en que estaban metidos sus asuntos, Jansoulet, un jueves, al salir de la Cámara, se hizo llevar al palacio de Mora. No había puesto los piés en él desde la algarada de la calle Real, y la idea de encontrarse en presencia del duque hacía circular por debajo de su recia epidermis algo como el pavor que agi-

ta á un colegial al subir al despacho del director después de una cachetina con algun compañero en la clase. Pero no había más recurso que arrostrar los inconvenientes de una primera entrevista. Contábase en las secciones que Le Merquier había terminado ya su dictamen, obra maestra de ferocidad y de lógica, el cual concluía pidiendo la nulidad, y se daba por aprobado por aclamación á no ser que Mora, cuyo influjo en la Asamblea era tanto, acudiese en persona á dar la consigna á los diputados. Partida arriesgada, como se ve, y que agolpaba la sangre á las sienas del Nabab mientras éste aderezaba su semblante, sus sonrisas de cortesano, buscando la manera de hacer una entrada ingeniosa, de dar uno de esos golpes de descarado bonachón que habían labrado su fortuna en la corte de Ahmed y que le servían aún en sus relaciones con la Excelencia francesa. Pero á pesar de su resolución, el corazón le latía fuertemente, y en la espina dorsal sentía esos escalofríos que, aun yendo en carroza dorada, preceden á los momentos decisivos.

Llegado al palacio por la parte que daba al río, chocóle extraordinariamente que el suizo del muelle, como en los días de gran recepción, hiciese ir á los carruajes hacia la calle de Lille con objeto de dejar libre una puerta para la salida «¿Qué ocurre?» dijo para sí algo preocupado. Su turbación subió de punto cuando después de haber atravesado el patio de honor al estrépito de las portezuelas que se cerraban y al sordo é incesante zumbar de las ruedas por la arena, encontróse—franqueada la escalinata exterior—en el inmenso recibidor, atestado de gente que no pasaba de puerta alguna de las interiores, concentrando su desazonado vaivén al rededor de la mesa del suizo, encima de la cual inscribía su nombre todo el París de tono. Parecía haberse colado por la casa una ráfaga de viento de desastre, llevándose algo de su grandiosa placidez, fitrando en su bienestar la inquietud y el peligro.

—¡Qué desgracia!...

—¡Ah! es horrible...

—Y tan de improviso...

La gente, al encontrarse al paso, cambiaban frases por este tenor. Una idea cruzó de pronto por la mente de Jansoulet:

—¿Está enfermo el duque? preguntó á un criado.

—Ah, señor... está muriéndose... No llegará á la noche.

Si de una vez se hubiese desplomado toda entera encima de su cabeza la techumbre del palacio, el golpe no hubiera sido más fuerte. Vió un remolino de rojizas mariposas, tambaleóse y se dejó caer sentado en un escaño de terciopelo al lado de la gran jaula de los monos, los cuales, soliviantados por aquel trasiego, colgándose de la cola, de las manecitas de largo pulgar, asomaban en racimo al través de los barrotes, y curiosos, azorados, acosaban con sus más graciosas muecas de macaco á aquel pobre alelado que con la vista fija en el suelo iba repitiendo para sí mismo en alta voz:

—Estoy perdido... estoy perdido...

El duque se moría. Habíale sobrevenido al accidente, de improviso, el domingo, al regresar del Bosque. Sintióse atacado de una espantosa quemazón en las entrañas que dibujaba, como con un hierro ardiente, toda la anatomía de su cuerpo, alternando con un frío letárgico y prolongados amodorramientos. Jenkins, llamado á toda prisa, se limitó á recetar algunos calmantes, reservando el pronóstico. Al día siguiente, volvieron á aparecer los mismos dolores, más intentos todavía, seguidos de la misma postración glacial, acentuada también, cual si fuesen arrancándole, desarraigándole la vida á tirones. Nadie hacía caso. «Efectos de Saint-James» se murmuraba en la entecámara, y el apacible semblante de Jenkins conservaba su serenidad. Incidentalmente había hablado á dos ó tres de sus visitas de la mañana, de la indisposición del duque, pero dándole tan poca importancia que nadie había parado atención en ello.

El mismo Mora, á pesar de su extremada debilidad, y por más que se sentía la cabeza completamente vacía, y según decía él: «ni una idea en el cerebro», no sospechaba, ni por asomo, la gravedad de su estado. Sólo al tercer día, al despertar por la mañana, la vista de un hilito de sangre que desde la boca había ido resbalando hacia la barba y enrojecido el almohadón, hizo estremecer á aquel delicado, á aquel elegante que sentía horror por todas las miserias humanas, en particular por la enfermedad, y que

la veía comparecer pasito á paso con sus asquerosidades, sus debilidades y el abandono de sí propio, primera concesión otorgada á la muerte. Monpavón, que entró detrás de Jenkins, sorprendió la mirada de súbita turbación del gran señor ante la horrible realidad, y quedó aterrado al propio tiempo al ver los estragos que unas cuantas horas hicieran en el rostro bebido de Mora. Llamó á Jenkins aparte, mientras traían al almidonado doliente lo necesario para lavarse y componerse en la misma cama, una bañera entera de tocador de cristal y plata que contrastaba con la palidez amarillenta de la enfermedad.

—Hablemos claro, Jenkins... el duque no va bien.

—Mucho me lo temo... contestó el irlandés.

—En suma, ¿qué es lo que tiene?

—Pues tiene lo que buscaba, respondió el otro con una especie de rabia... Á su edad no se puede ser joven impunemente. Esta maldita pasión le saldrá cara...

Algún avieso sentimiento triunfaría en él, que cuidó de acallar enseguida, pues transformándose en un punto, hinchando los carrillos cual si tuviese llena de agua la cabeza, suspiró profundamente estrechando las manos del anciano prócer.

—Pobre duque... pobre duque... ¡Ay! amigo mío, estoy desesperado.

—Mucho ojo, Jenkins, repuso fríamente Monpavón apartando las manos; estáis contrayendo una responsabilidad terrible... ¡Cómo! el duque está tan malo... y ¿no llamáis á nadie?... ¿Ni una consulta?...

El irlandés levantó los brazos como queriendo decir: «¿Y para qué?»

El otro insistió. Era preciso llamar á Brisset, á Jousse- lin, á Bouchereau, á todas las lumbreras.

—Es que vais á alarmarle.

Mompavón echó afuera el pecho, último alarde del viejo corcel desjarretado.

—Querido, si nos hubiéseis visto á Mora y á mí en la trinchera de Constantina... Siempre alta la frente... No sabemos lo que es el miedo... Avisad á vuestros colegas, yo me encargo de él.

La consulta se celebró por la noche, á las calladas,

como lo había exigido el duque por un singular pudor de su mal, de aquella dolencia que le destronaba, que le ponía en el nivel de los demás hombres. Demás de que temía sobre toda ponderación las lástimas, las conmisericiones, los duelos de que sabía que habían de rodear su lecho, las lágrimas porque las suponía fingidas, y si sinceras, porque todavía las hacía más cargantes la fealdad de sus muecas.

Había detestado siempre las escenas, los sentimientos exagerados; cuanto podía conmoverle, perturbar el armónico equilibrio de su existencia. Cuantos le rodeaban lo sabían, y así la consigna era mantener alejadas todas las miserias, las grandes desesperaciones que de un extremo al otro de Francia convergían hacia él como hacia uno de esos asilos alumbrados en la obscuridad de los bosques, á cuya puerta acuden á llamar los caminantes extraviados. No era precisamente que fuese duro para con los infelices; acaso, por lo contrario, sentíase demasiado accesible á la compasión la cual miraba como un sentimiento inferior, como una debilidad indigna de pechos varoniles, por donde, rehusándola á los demás, la temía para sí propio, como un ataque á la integridad de su valor. Fuera de Monpavón y del ayuda de cámara, Luis, nadie supo en palacio lo que iban á hacer aquellos tres personajes introducidos misteriosamente en la cámara del ministro de Estado. La misma duquesa lo ignoraba. Separada de su marido por toda la serie de vallas que la vida política y de gran mundo pone entre marido y mujer, creíase ligeramente indispuerto, y tan agena estaba á la posibilidad de una catástrofe, que en el extremo opuesto del palacio iluminábanse sus aposentos particulares para un baile de solteras, diversión que la ingeniosidad del París desocupado comenzaba á la sazón á poner en moda.

Aquella consulta fué lo que todas: solemne y siniestra. Los médicos no usan hoy las descomunales pelucas de la época de Molière, pero continúan revistiendo aquella misma gravedad de sacerdote de Isis, de astrólogo, erizados de fórmulas cabalísticas, con meneos de cabeza á los cuales sólo falta, para el efecto cómico, el puntigudo

cucuruchón de antaño. Aquí el lugar en que se celebraba daba á la consulta un aspecto imponente. En la extensa cámara, transformada, como agrandada por la inmovilidad de su dueño, aquellas graves figuras rodeaban el lecho, en el cual estaba concentrada la luz haciendo resaltar sobre la blancura de las sábanas y la púrpura de los cortinajes una cabeza surcada de arrugas, pálida desde los labios hasta los ojos, pero cubierta, como por un velo, como por un sudario de serenidad. Los consultantes hablaban en voz baja, cruzaban una mirada furtiva, permanecían impasibles sin pestañear. Pero aquella solemnidad de que se rodean la ciencia y la justicia para encubrir su debilidad ó su ignorancia, no producían el menor efecto en el duque.

Sentado en la cama seguía conversando tranquilamente, con esa mirada algo levantada por la cual parece como que el pensamiento se prepare á huir, y Monpavón le contestaba con no menor tranquilidad, haciendo frente á su emoción, mientras Luis, en el fondo, apoyaba en la puerta que comunicaba con las habitaciones de la duquesa el espectro de la domesticidad silenciosa en la cual es un deber la indiferencia desapegada.

Quien estaba agitado, nervioso, era Jenkins.

Lleno de una oficiosidad obsequiosa para con «sus ilustres colegas» como decía él á boca llena, daba vueltas alrededor de su conciliábulo, buscando vado por donde meterse en él; pero sus colegas le mantenían á distancia, sin contestarle apenas, y con altivez, como pudiera haberlo hecho Fagon—el Fagon de Luis XIV—con algún curandero llamado al regio lecho. El anciano Bouche-reau, en particular, no cesaba de mirar de través al inventor de las perlas Jenkins. Por fin, cuando hubieron examinado, interrogado lo bastante al paciente, se retiraron para deliberar su secreto á un saloncito de techo y paredes brillantes, lleno de chismes cuya futilidad contrastaba singularmente con la importancia del debate.

Minuto solemne, angustioso del acusado que aguarda su sentencia, vida, muerte, sobreseimiento ó gracia!

Con su mano blanca y afilada, Mora seguía acariciándose el bigote en su ademán favorito, hablando con Monpa-

vón del casino, de los bastidores de Variedades, pidiendo noticias de la Cámara, del estado de la elección del Nabab, pero todo ello tranquilamente, sin la menor afección. Luego, fatigado sin duda, temeroso tal vez de que su mirada, que á pesar suyo se le iba en dirección de aquella puerta de enfrente por la cual á no tardar iba á salir el fallo del destino, descubriese la emoción que se escondía en el fondo de su alma, reclinó la cabeza, cerró los ojos y no los abrió ya hasta que volvieron á entrar los facultativos. Siempre las mismas caras siniestras é impasibles, verdaderas caras de jueces que llevan pendiente de los labios la terrible palabra del destino humano, la palabra final que los tribunales profieren sin espanto, pero que los médicos, por lo mismo que es el mentís de su ciencia, eluden y dan á entender por medio de perifrasis.

—Y bien, señores, ¿qué dice la facultad?... preguntó el enfermo.

Insinuáronse algunas esperanzas simuladas y balbucientes, algunas vagas recomendaciones; luego los tres sabios despidiéronse apresuradamente, anhelosos de encontrarse fuera, de escapar á la responsabilidad de aquel desastre. Monpavón se lanzó en su seguimiento. Jenkins permaneció al lado del enfermo, aterrado al recuerdo de las duras verdades que acababa de oír durante la consulta. En vano se había puesto la mano en el corazón, en vano había sacado á colación su célebre divisa, Bouche-reau no le había perdonado. No era aquel el primer cliente de Jenkins á quien veía desmoronarse de aquella manera tan súbita; pero abrigaba la esperanza de que la muerte de Mora sería un aviso saludable para la gente del gran mundo, y de que el prefecto de policía, en vista de aquella catástrofe, mandaría al «mercader de cantáridas» allende el estrecho á despachar sus afrodisíacos.

El duque comprendió al punto que ni Jenkins ni Luis le dirían el verdadero resultado de la consulta. No insistió, pues, para con ellos, aguantó su confianza simulada, hasta fingió que la compartía, que tenía fe en la mejoría que le vaticinaban. Pero cuando volvió á entrar Monpavón, llamóle cerca de sí, y ante la mentira que claramente se transparentaba al través del colorete de aquella ruina:

—Mira, no estoy por muecas... De tí á mí la verdad... ¿Qué dicen?... esto se va, ¿no es cierto?

Monpavón guardó un instante de significativo silencio: luego brutalmente, cínicamente, por temor de dar al traste con su serenidad:

—J... pobre Augusto.

—El duque aguantó el disparo sin pestañear.

—¡Ah! se limitó á contestar.

Afilóse el bigote con un gesto maquinal, pero su semblante permaneció impasible. Y al punto tomó su resolución. Que el infeliz que muere en un hospital, sin casa ni hogar, sin otro nombre que el número de su cama, acoja la muerte como una emancipación ó como una última prueba; que el viejo campesino que se duerme molido, quebrantado, maltrecho, en su ahumada y oscura topera, se vaya sin duelo, saboreando de antemano el placer de aquella tierra fresca que tantas veces ha movido y removido, todo esto se explica perfectamente. Y aun así, ¡cuántos entre éstos tienen apego á la vida por su misma miseria! ¡cuántos hay que cogiéndose de sus harapos, de de sus desvencijados muebles, gritan: «No quiero morir...» y se van por fin con las uñas rotas y ensangrentados del estirón postrero! Mas aquí nada de esto.

¡Poseerlo todo y perderlo! ¡Qué desquiciamiento!

En el primer silencio de aquel espantoso minuto, mientras en el opuesto extremo del palacio sonaba confusa la música del baile que daba la duquesa, cuanto ataba á aquel hombre á la vida, poder, grandezas, fortuna, todos aquellos esplendores debieron de aparecerse ya remotos y en un pasado irrevocable. Se necesitaba un valor de temple más que excepcional para resistir un golpe semejante sin la menor agitación de amor propio. No había allí más que el amigo, el médico, el criado, tres íntimos al corriente de todos sus secretos; las luces apartadas dejaban el lecho en la sombra, y el moribundo hubiera podido volverse de cara á la pared y llorar su propia suerte sin ser visto de nadie. Pero no. Ni un segundo de debilidad, de demostraciones inútiles. Sin quebrar una sola rama de los castaños del jardín, sin hollar una sola flor en la gran escalera del palacio, ahogando sus pasos

en la espesura de las alfombras, la muerte acababa de entreabrir la puerta de aquel potentado y de hacerle una seña: «Arriba.» Y él contestaba sencillamente: «Vamos.» Una verdadera salida de hombre de mundo, imprevista, rápida y discreta.

¡Hombre de mundo! Mora no fué más que esto, Circulando por la vida con su careta, sus guantes, su plastrón, el plastrón de raso blanco de los maestros de esgrima en los días de gran asalto, conservando immaculado y limpio su aparato de combate, por el mero tránsito desde un salón á un escenario más vasto se había convertido de repente en hombre de estado, y lo fué de primer orden con sólo sus cualidades de hombre de mundo, el arte de escuchar y de sonreír, el conocimiento de los hombres, el escepticismo y la sangre fría. Esta sangre fría no le dejó ni en el momento supremo.

Fijo el pensamiento en el tiempo limitado y breve que le restaba porque la negra visitante llevaba prisa y él sentía en el rostro el aire de la puerta que no había vuelto á cerrar, no pensó ya más que en aprovecharlo bien y en satisfacer todas las obligaciones de un final como el suyo que no debe comprometer á ningún amigo ni dejar sin recompensa sacrificio alguno. Indicó los nombres de varias personas que deseaba ver, y que al punto fueron mandadas á llamar; hizo avisar al jefe de su despacho, y como Jenkins insinuase que era demasiada fatiga:

—¿Me aseguráis que mañana por la mañana despertaré? En este momento me siento con fuerzas... Dejad que las aproveche.

Luis preguntó si había que avisar á la duquesa. El duque puso oídos, antes de responder, á los acordes que despedía el sarao por las ventanas abiertas y que un arco invisible prolongaba en las sombras de la noche; luégo:

—Todavía no... Tengo que hacer...

Mandó que acercasen á su cama la mesita de laca á fin de escoger él mismo las cartas que debían destruirse; pero sintiendo que se le debilitaban las fuerzas, llamó á Monpavón: «Quémalo todo,» le dijo en apagada voz; y viendo que se acercaba á la chimenea donde, á pesar de lo apacible de la estación, ardía una copiosa llama: «No...

aquí no... Hay poco fuego... Y podría venir alguien.» Monpavón cogió la ligera mesita, hizo señas al criado de que le alumbrase. Pero Jenkins se interpuso.

—Quedaos aquí, Luis... el duque puede necesitaros.

Apoderóse de la lámpara, y avanzando con cautela á lo largo del espacioso corredor, explorando los salones de espera, divagaban como dos espectros por el silencio y las tinieblas de la inmensa morada, viviente tan sólo allá, hacía la derecha, donde el placer cantaba como un pájaro en un techo próximo á desplomarse.

—No hay lumbre en parte alguna... ¿Qué vamos á hacer de todo esto? se preguntaban el uno al otro sin saber qué partido adoptar. Parecían dos ladrones arrastrando un arca que no saben cómo forzar. Por último, Monpavón, impaciente, dirigióse hacia una puerta, la única que no habían abierto todavía.

—¡Adelante!... Ya que no podemos quemarlas, aneguémoslas... Alumbradme, Jenkins.

Y se metieron por ella.

¿Á dónde habían ido á parar?... Saint-Simon, refiriendo el derrumbamiento de una de esas existencias soberanas, el desbarajuste de las ceremonias, de las dignidades, de las grandezas producido por la muerte, y, en particular, por la muerte repentina, Saint-Simon sería el único que podría contarlos. Con sus manos finas y acicaladas el marqués daba á la bomba. El otro le iba entregando las cartas hechas pedazos, paquetes de cartas satinadas, de colores, perfumadas, adornadas de cifras, de escudos, cubiertas de escrituras finas, apretadas, garrañantes, enlazadoras, persuasivas, y todas esas páginas ligeras volteaban la una á caballo de la otra en torbellinos de agua que las machucaban, las manchaban, diluían sus tintas húmedas antes de dejarlas desaparecer por el ojo atarugado en el fondo de la inmunda sentina.

Eran cartas de amor y de toda especie, desde el billete de la aventurera: «*Ayer os vi pasar en el Bosque, señor duque...*» hasta las recriminaciones aristocráticas de la penúltima querida, y las lamentaciones de las abandonadas, y la página, fresca todavía, de las recientes confidencias. Monpavón conocía todos esos enredos, daba un nom-

bre á cada uno de ellos: «Esto es de madame Moor... ¡Tomal Madame d'Athis...» Un revoltijo de coronas y de iniciales, de caprichos y de hábitos antiguos, masculados en aquel momento por la promiscuidad, zambulléndose todo ello en el indecoroso conducto sumiéndose en el olvido por un camino afrentoso. De pronto Jenkins hizo alto en su tarea de destrucción. Dos cartas de un gris satinado temblaban entre sus dedos...

—¿De quién es esto? preguntó Monpavón al ver letra desconocida y la nerviosa turbación del irlandés... ¡Ah! doctor, si queréis leerlo todo no acabaremos nunca.

Jenkins, con las mejillas abrasadas y las dos cartas en la mano, se sentía devorado por el deseo de quedarse con ellas á fin de saborearlas á su placer, de gozarse en el delicioso martirio de su lectura, tal vez de hacer de aquella correspondencia una arma contra la imprudente que la había suscrito. Pero la formalidad rigurosa del marqués le intimidaba. ¿De qué manera distraerle, alejarle? La ocasión se le vino á la mano por sí misma. Perdida entre toda aquella balumba, una página minúscula, de un carácter de letra senil y temblón, despertó la curiosidad del charlatán quien dijo sin malicia alguna:

—¡Ah! ¡ah! esto sí que no tiene cara de misiva de amor... «Duque mío, socorro, que me ahogo! El tribunal de cuentas ha vuelto á meter la pata en mis asuntos...»

—¿Qué es lo que estáis leyendo ahí?... dijo bruscamente Monpavón arrebatándole el papel de las manos. Y al punto, merced á la negligencia de Mora que no había cuidado de destruir cartas tan íntimas, acudió á su mente la terrible situación en que le dejaba la muerte de su protector. En su dolor, no se le había ocurrido todavía. Pensó que en medio de sus preparativos de marcha podría ser muy bien que el duque se olvidase de él; y dejando á Jenkins que terminase él solo la anegación del cofrecillo de don Juan, volvió apresuradamente á la cámara. En el momento de entrar, detúvole detrás de la mampara corrida el rumor de un debate. Era la voz de Luis, lastimera como la de un pordiosero debajo de un portal, esforzándose en recabar del duque que se apiadase de su miseria y pidiéndole permiso para tomar algunos cartu-

chos de oro perdidos en el fondo de un cajón. ¡Oh! qué contestación más enroquecida, más fatigosa, en la cual se traslucía el esfuerzo del enfermo obligado á cambiar de postura en su cama, á desviar sus ojos de una perspectiva ya entrevista.

—Sí, sí, tomadlos... Pero, ¡por Dios! dejadme dormir... dejadme dormir...

Cajones abiertos y vueltos á cerrar, un hipo jadeante y breve... Monpavón no oyó nada más y retrocedió sin pasar el dintel. La feroz rapacidad del criado acababa de despertar su orgullo. Todo antes que envilecerse hasta tal punto.

Aquel sueño que Mora reclamaba con tantas veras, aquel aletargamiento, mejor dicho, duró una noche entera, y tras de una noche una mañana, con vagos despertamientos entreverados de dolores. Ya no se le aplicaba medicamento alguno, procurábase tan sólo endulzar sus postreros instantes, allanarle el descenso de aquel terrible escalón final que cuesta tan doloroso esfuerzo. En aquel intervalo Mora había vuelto á abrir los ojos algunas veces, pero ya velados, contemplando en el vacío sombras flotantes, formas indecisas como las que ve oscilar el buzo entre la diafanidad del agua. La tarde del jueves, á cosa de las tres, despertó por completo, y reconociendo á Monpavón, á Cardailhac y á dos ó tres íntimos más, les sonrió y reveló en una palabra su exclusiva preocupación.

—¿Qué se dice de esto por París?

Muchas cosas se decían, diversas y contradictorias; pero á buen seguro que no se hablaba más que de él, y la noticia, divulgada por la ciudad desde la mañana, de que Mora estaba espirando, traía revueltas las calles, los salones, los cafés, los talleres, avivaba la cuestión política en las redacciones de periódico, en los casinos, en donde quiera que los papeles públicos abiertos anotaban y comentaban aquel repentino rumor.

Porque Mora era la encarnación más brillante del Imperio. Lo que se divisa de lejos en un edificio no es su base, solida ó bamboleante, no es su masa arquitectónica; es la flecha dorada y fina, bordada, que recorta el aire, que se agrega allí para recreo de los ojos. Lo que se veía

del Imperio en Francia y en Europa entera, era Mora. Caído él, el monumento quedaba desmantelado de toda su esbeltez, rajado como por una larga é irreparable grieta. ¡Y cuántas existencias arrastraba consigo aquella súbita caída, cuántas fortunas sacudidas por el rechazo debilitado del desastre! Ninguna tan por completo como la del hombrón clavado en la antecámara, en el escaño de la monerfa.

Para el Nabab aquella muerte era su muerte, la ruina, el fin de todo. Tan convencido estaba de ello que al saber, á su entrada en el palacio, el estado desesperado del duque, no había sentido lástima ni la había manifestado; sólo la palabra feroz del egoísmo humano: «Estoy perdido.» Y esa palabra volvía á sus labios sin cesar, y maquinalmente la repetía cada vez que reaparecía en su mente, en bruscas sacudidas, todo el horror de su situación, como acontece en las peligrosas tormentas de la montaña cuando una centella súbitamente proyectada ilumina el abismo hasta el fondo, con las dentalladas anfractuosidades de las paredes y las breñas que trepan por todas las grietas de la sima.

Aquella penetración que acompaña á los cataclismos no le perdonaba ni el más nimio detalle. Veía casi segura la anulación, toda vez que Mora no estaría allí para velar por su causa; con ella, las consecuencias del golpe, la quiebra, la miseria y algo peor todavía, porque cuando se desmoronan esas fortunas incalculables, llévanse consigo, entre los escombros una parte del honor del que las poseyera. Pero ¡qué de zarzales, qué de espinas, qué de rasguños y de crueles heridas antes no llegase el final! Dentro de ocho días los vencimientos Schwabach, esto es, ochocientos mil francos á pagar; la indemnización á Moëssard quien exigía cien mil ó impetrar de la Cámara la autorización para perseguirle criminalmente; un proceso, más siniestro todavía, incoado por las familias de dos de los infelices mártires de Bethleem contra los fundadores de la obra, y sobre todo ello, las complicaciones de la *Caja territorial*. Una sola esperanza, la tentativa de Pablo de Géry en la corte del Bey, pero tan vaga, tan quimérica, tan remota...

—¡Ah! estoy perdido... estoy perdido...

Ninguno de los que llenaban el inmenso recibidor había puesto mientes en su turbación. Aquella caterva de senadores, diputados, consejeros de Estado, toda la alta administración, iba, venía en torno de él sin verle, co-deando su importancia inquieta y formando misteriosos corrillos junto á las dos chimeneas de mármol blanco que había frente á frente. Eran tantas las ambiciones burladas, engañadas, arrumbadas que se cruzaban en aquella visita *in extremis*, que cada cual se dejaba dominar exclusivamente por su inquietud íntima.

Cosa rara, los semblantes no denotaban ni compasión ni dolor, antes una especie de cólera. Toda aquella gente parecía cual si echase en cara al duque su muerte, como un abandono. Oíanse frases de este tenor: «¡No es extraño, con una vida como la que él llevaba!» Y por las altas ventanas, aquellos caballeros se mostraban por entre el trasiego de los carruajes en el patio el alto de algún pequeño cupé por cuya ventanilla una mano apretadamente enguantada, rozando el borde de la portezuela con el puño de encaje, tendía al lacayo una tarjetilla doblada por uno de los vértices.

De vez en cuando uno de los familiares del palacio, de los que el moribundo había llamado junto á su lecho, aparecía un momento entre aquella confusión, daba una orden y se retiraba en seguida, dejando reflejada en los circunstantes la azorada expresión de su semblante. También Jenkins se dejó ver un momento, desanudada la corbata, desabrochado el chaleco, los puños de la camisa ajados, en todo el desorden de la batalla que sostenía arriba con la terrible luchadora. Todo el mundo se precipitó á su encuentro, le abrumó á preguntas. Magnífico modelo el médico irlandés, como otro no hubiese, para los tífes, los cuales, enervados por el insólito tumulto, achataban sus naricitas contra el enrejado de la jaula y miraban atentamente lo que ocurría fuera, cual si estuviesen haciendo un profundo estudio de la mueca humana. El dolor del irlandés era magnífico, un soberbio dolor, varonil y fuerte que le apretaba los labios, le hacía jadear el pecho.

—Ha empezado la agonía, dijo lúgubrememente... Es ya tan sólo cuestión de horas.

Y á Jansoulet que se acercaba le dijo en tono enfático:

—¡Ah, amigo mío, qué hombre!... ¡qué valor!... No se olvida de nadie. Un momento há, me hablaba de vos.

—¿De veras?

—«¿Y cómo está de su elección el pobre Nabab? me preguntaba.»

Y no pasó de aquí. El duque no había añadido una sola palabra más.

Jansoulet inclinó la cabeza. ¿Qué más podía esperar? ¿No era ya lo bastante que un hombre como Mora, en aquellos momentos, se hubiese acordado de él?... Volvió á sentarse en su banqueta, sumióse otra vez en su anonadamiento galvanizado por un minuto de loca esperanza, asistió sin reparar en ello al abandono casi total de la vasta pieza, y no cayó en la cuenta de que era el solo y único visitante, más que al oír á los criados charlar en alta voz á la luz del crepúsculo:

—Yo ya me doy por satisfecho... no quiero servir más.

—Pues yo me quedo con la duquesa...

Cuyos proyectos, cuyas decisiones, faltando como faltaban todavía algunas horas para la muerte, condenaban al noble duque más irremisiblemente aún que la Facultad.

Entonces comprendió el Nabab que era ya llegada la ocasión de retirarse, pero antes quiso inscribirse en la lista del suizo. Llegóse á la mesa; á causa de la poca luz tuvo que llevar materialmente los ojos al papel. La página estaba llena. Indicósele un claro al pié de una firma de un carácter de letra filamentosos y diminuto y así que hubo puesto la suya, se encontró con el nombre de Hemerlingue que dominaba, que aplastaba, que envolvía el suyo por medio de una rúbrica insidiosa. Supersticioso como buen latino, aquel presagio acabó de atterrarle.

¿Á dónde iría á comer?... ¿al casino?... ¿á la plaza Vendôme?... ¿Aún no había oído hablar bastante de aquella muerte que le obsediaba? Prefirió ir á la ventura, seguir adelante, como todo el que tiene una idea fija que confía desvanecer por medio del movimiento. La noche estaba tibia, perfumada. Siguió los muelles, siempre los

muelles, llegó á la arboleda de Cours-la-Reine, y volvió á encontrarse otra vez con aquella frescura de riego y olor á polvillo que caracteriza las noches templadas de París. A aquella hora mixta todo estaba desierto. Comenzaban á encenderse los faroles de colores para los conciertos, El ruido de copas y de platos que salía de un restaurant, le surgió la idea de meterse en él.

Á pesar de todos los pesares, aquel toro sentía hambre. Sirviéronle en una galería acristalada, cubierta de enredaderas, que daba frente á aquel espacioso pórtico del Palacio de la Industria donde el duque, en presencia de una multitud de gente, le había saludado como diputado. En las tinieblas de las bóvedas apareciósele como en recuerdo el rostro fino y aristocrático, á tiempo que lo veía también allá más lejos, caído encima de la fúnebre blancura de la almohada; y de pronto, fijando los ojos en la lista que le presentaba el camarero, advirtió con asombro que llevaba la fecha del veinte de Mayo... De manera que no cumplía todavía el mes desde la apertura de la Exposición. Parecíale á él que habían transcurrido diez años. poco á poco, el calor de la comida le reanimó el corazón. Por el corredor estaban conversando los camareros.

—¿Qué se sabe de Mora? Parece que está malo de veras.

—¡Quiál no te apures... Ya verás cómo todavía se sale del paso... Esa gente siempre tienen suerte.

Tiene tan hondas raíces en las entrañas del hombre la esperanza, que aun con lo que Jansoulet había visto y oído, bastaron aquellas cuatro palabras, con ayuda de un par de botellas de Borgoña y unas cuantas copitas, para devolverle el ánimo. Al fin y á la postre casos más graves habían acabado en bien. Los médicos suelen exagerar el mal para encarecer el mérito de la cura. «Si fuese á ver...»

Volvió al palacio, lleno de ilusiones, invocando aquella buena sombra que tantas veces en su vida le había servido. Y en verdad que el aspecto de la señorial morada era para robustecer su esperanza. Su fisonomía era la fisonomía tranquila y apacible de las noches ordinarias, desde la avenida alumbrada á trechos, majestuosa y desierta, hasta el portal á cuyo pie aguardaba una gran carroza de forma antigua.

En la antecámara, no menos quieta, ardían dos enormes lámparas. En un ángulo estaba durmiendo un lacayo, el suizo leía junto á la chimenea. Miró al recién venido por encima de los anteojos, no le dijo palabra, y Jansoulet no se atrevió á preguntarle cosa alguna. Encima de la mesa había una porción de números de periódicos con el nombre del duque escrito en las fajas, que parecían como tirados allí por inútiles. El Nabab abrió uno, probó leerlo; pero un paso rápido y resbaladizo, un susurro de melopea le hicieron alzar los ojos hacia un anciano blanco y encorvado, cubierto de blondas como un altar, que se iba á grandes pasos rogando, y arrastrando por la alfombra la lengua cola de su sotana encarnada. Era el arzobispo de París acompañado de dos asistentes. La visión, con su murmullo de cierzo helado, cruzó rápidamente por delante de Jansoulet, se hundió en la gran carroza y desapareció llevándose la postrimera esperanza.

—Hay que cubrir las apariencias, querido, dijo Monpavón surgiendo de pronto á su vista... Mora es un gran epicúreo, educado en las ideas del buen siglo, del siglo pasado... Pero las masas... si un hombre en su posición... ps, ps, ps... ¡Ah! es maestro consumado... ps... ps... La última palabra del buen tono.

—¿De modo, pues, que se acabó? dijo Jansoulet, aterrados... Ya no queda esperanza...

Monpavón le hizo seña de que escuchase. Oíase el sor-do rodar de un carruaje por la calzada de muelle. El timbre de llegada sonó precipitadamente una porción de veces consecutivas. El marqués contaba en alta voz... «Uno, dos, tres, cuatro...» Al quinto se puso en pie:

—Ahora sí que no hay esperanza. «Ahí viene el otro,» dijo aludiendo á la superstición parisiense que consideraba fatal á los moribundos aquella visita del soberano. Los lacayos acudían velozmente de todos lados, abrían las puertas de par en par, poníanse en fila, á tiempo que el suizo, tieso, calado el sombrero, anunciaba con el golpe de la alabarda en las baldosas el paso de dos sombras augustas que Jansoulet no pudo más que entrever confusamente por entre la servidumbre, pero que vió luego en una larga perspectiva de puertas abiertas subiendo la

escalera de honor, precedidos de un criado que llevaba un candelabro. La mujer subía erguida y suelta, arrebujaada en su negra mantilla de española; el caballero, cogido de la barandilla, poco á poco y fatigado, y con el cuello de su sobretodo claro tieso encima de sus espaldas un poco encorvadas y que agitaba un resuello convulsivo.

—Vámonos, Nabab, Ya no queda nada que hacer aquí, dijo el viejo pisaverde cogiéndose del brazo del Nabab y arrastrándole á fuera.

Detúvose en el dintel, alzó la mano y con la punta de los guantes dirigió un saludo al que estaba muriéndose allá arriba: «Adiós, que...» El ademán y el acento eran irreprochables, pero la voz temblaba un poco.

Rara vez había presenciado el casino de la calle Real, á pesar del renombre de sus partidas, una tan terrible como la que se jugó aquella noche. Comenzada á las once, á las cinco de la mañana duraba todavía. Rodaron sumas enormes por el tapete verde, cambiando de mano y de dirección, amontonadas, dispersas, vueltas á recobrar; fortunas colosales quedaron engullidas por aquella partida monstruo, á cuya terminación, Jansoulet, que la había promovido para ahogar sus terrores en los albuques de la suerte, tras singulares alternativas, copos de banca capaces de hacer perder la chaveta á un neófito, se retiró con una ganancia de quinientos mil francos. El día siguiente por el bulevar se subían ya á cinco millones, y todo el mundo hacía aspavientos, en especial el *Mensajero* que llenaba tres columnas con un artículo contra ciertos aventureros tolerados en los casinos y que son la ruina de las familias más respetables.

¡Ay! lo que Jansoulet había ganado representaba apenas los primeros pagarés de Schwalbach...

Durante aquella encarnizada partida no se pronunció una sola vez el nombre de Mora, á pesar de ser éste la causa involuntaria y como el alma de la misma. Ni Cardailhaé ni Jenkins asomaron por allí. Monpavón se había metido en cama más afectado de lo que aparentaba. No había noticias. «¿Habra muerto ya?» dijo entre sí Jansoulet al salir del casino, y le entró la comezón de dar una

vuelta por allí. No era ya esperanza lo que le impelía, era esa curiosidad nerviosa y enfermiza que después de un incendio arrastra á ver de nuevo los escombros de su vivienda, á los infelices que han sido víctimas de él y han quedado arruinados y sin asilo.

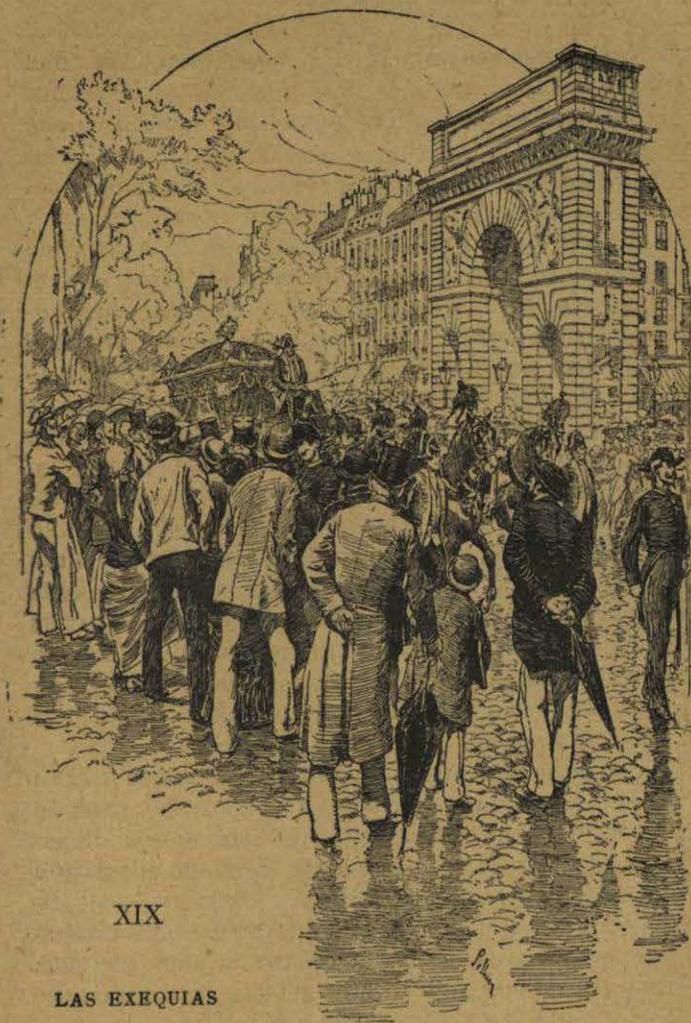
Aunque era todavía muy temprano, el palacio aparecía abierto de par en par. Humeaban todavía las lámparas en las chimeneas, flotaba por la atmósfera una especie de polvo. El Nabab avanzó por aquella inexplicable soledad de abandono hasta el primer piso donde oyó por fin una voz conocida, la de Cardailhaé, que dictaba nombres, y el rechinar de las plumas por el papel. El hábil director de escena de las fiestas del Bey, organizaba con igual ardor las pompas fúnebres del duque de Mora. ¡Cuánta actividad! La Excelencia había muerto á las primeras horas de la noche, y al apuntar el día había ya impresas diez mil invitaciones, y cuantos en la casa sabían manejar una pluma se ocupaban en llenar los sobres. Sin atravesar aquellas oficinas improvisadas, Jansoulet se dirigió al salón de espera, por lo común tan poblado y sin alma viviente aquel día. En el centro, encima de una mesa, el sombrero, el bastón y los guantes del duque á punto siempre para las salidas imprevistas, para que hasta el trabajo de dar una orden le ahorrasen. Los objetos que acostumbramos usar conservan siempre algo de nosotros. La curva del sombrero recordaba la del bigote, los guantes claros parecía como que iban á coger la caña china flexible y fuerte, todo, en una palabra, palpitaba y vivía, como si en aquel momento hubiese de presentarse el duque, á tomar todo aquello y salir.

¡Ah! no, el duque no iba á salir... Jansoulet no tuvo que hacer más que acercarse á la puerta entreabierta de la cámara para ver tendida en el lecho de triple grada—hasta después de la muerte el estrado—una forma rígida, altanera, un perfil inmóvil y envejecido, transformado por la barba que en una noche se había vuelto completamente gris; junto á la cabecera en declive, arrodillada, desplomada encima de los blancos lienzos, una mujer cuyos cabellos rubios flúan en desorden, próximos á caer al filo de las tijeras de una eterna viudez, y con ella un

sacerdote y una monja, recogidos en aquella atmósfera de la vela mortuoria, en la cual se mezclan la fatiga de las noches en claro y el bisbiseo y los murmullos de la oración y de la sombra.

Aquella estancia en la cual habían sentido crecer sus alas tantas ambiciones, donde hirvieron tantas decepciones y tantas esperanzas, aparecía entregada á la quietud que á su paso deja la muerte. Ni un ruido, ni un suspiro. Únicamente, á pesar de lo temprano de la hora, allá en lontananza, por la parte del puente de la Concordia, un pequeño clarinete áspero y vibrante dominaba el ruido de los primeros carruajes; pero su enervante burlerfa ya no había de martirizar más á aquel que dormía allí mostrando al aterrorizado Nabab la imagen de su propio destino, enfriado, descolorido, dispuesto para la tumba.

Otros vieron aquella estancia mortuoria, más lúgubre todavía de lo que la vió el Nabab. Las holgadas ventanas abiertas de par en par. Una forma encima de un tablado: el cuerpo que acababan de embalsamar. La cabeza hueca, llenada con una esponja; el cerebro en una cubeta. El peso de aquel cerebro de hombre de Estado era verdaderamente extraordinario. Pesaba... pesaba... Los periódicos de aquel tiempo publicaron la cifra, ¿Pero quién va á acordarse de ella en la actualidad?



XIX

## LAS EXEQUIAS

No llores, hada mía, que me descorazonas. Ya verás cómo vas á estar mucho mejor una vez libre de tu tremendo diablillo... Te vuelves á Fontainebleau á cuidar de tus gallinas... Los diez mil francos de Brahim servirán para tu instalación... Después, pierde cuidado, que una vez esté yo allí no te ha de faltar dinero. Ya que el Bey quiere obras mías, que pague, no he de ser tan ton-